

## DEL EXTRANJERO

### UN FRACASO Y UN TRIUNFO: JULIO ENRIQUE AVILA

Nos envía esta nota don Federico Brito Rosado:

"El poeta y el hombre. El poeta ha sido comentado en forma precisa e insuperable por nuestro maestro y excelente amigo el doctor Juan Ramón Uriarte.

Julio Enrique Avila tenía que ser mal hombre para el gobierno. Es un romántico, un soñador. Su Ministerio de Instrucción Pública agobiaba la natural tendencia de su espíritu; por mucho que amara la educación del pueblo, se orientaba con gusto a empresas más en consonancia con su modo de ver e interpretar la vida: "robar al sol sus rayos"; recibir a Vasconcelos; escribir a la Mistral.

Los estudiantes universitarios salvadoreños decían: en el naufragio moral de los hombres del presidente Araujo, se salva uno: Avila. Era el más cercano de ellos, por una nueva realización de aquella afinidad electiva que señalara Goethe.

El pueblo merecía toda su atención, todo su esfuerzo. Pero le resultaba un organismo demasiado complejo, cuyos elementos generadores se le ofrecían demasiado revueltos y numerosos para que hubiera podido determinar, en todos los actos que lo expresan, el grado de necesidad correspondiente a cada uno de esos elementos. El hubiera querido realizar todos los grados intermedios necesarios para que el porvenir pasara sin trabajo de unos hombres a otros. No es posible decir el minuto o la obra en que intentó definirse o significarse como un hombre de ministerio, porque en el minuto como en la obra, aparecía siempre el espíritu selecto del poeta.

Para la política es un fracaso. Su conciencia es todavía oscura. Porque es sólida y henchida de fe. A ese horrible complejo de nuestra política en Hispanoamérica le ofrecía un extraño intercambio: energía viril, fe, luminosidad de inteligencia, por fatiga, escepticismo, falsía. Es natural, y mejor fue así, que para la política resultara un fracaso.

En él se estaba realizando un eterno fenómeno de la historia, cosa que podíamos observar sin fatiga: hubo en él, cuando estudiante y cuando maestro, un gran florecimiento espiritual; y el engranaje un tanto sucio de la política lo llevó al corolario lógico: el esfuerzo animal, en el que, ya como hombre de acción, no hacía sino engendrar de nuevo al pensador sutil. Y esta situación, fuera de sitio, nos lo mostraba mentidamente como en la hora más potente de exaltación de su entusiasmo.

Julio Enrique Avila tiene ya varios libros: "El Vigía Sin Luz", "Fuentes de Almas", "El Poeta Egoísta". Prosa el primero, versos los otros, ofrecen un amable contraste de romanticismos y filosofías. Y prepara "El Mensaje de Utopía", ofrecido a la Mistral. En éste hay un serio reflejo de su ética: "La mutilación de un sentido puede originar también una elevación en el plano moral. ¿Cuándo vendrá aquel que poseyendo el dón de la palabra, ignore el poder de expresar cosas ásperas e hirientes, y que posea la facultad de escuchar sólo frases luminosas?..."

Más adelante: "La pérdida total de los sentidos sería la perfección moral."

"Fuentes de Almas" fue un libro de

juventud, hermosamente prologado por el doctor Uriarte, que lo reconoce como tal. Un libro a la novia. Un libro que todavía creía en los rizos: "¡Rizo milagroso! Bogando, mis ensueños,—en las góndolas de luz de tus pupilas triunfantes se alejaron.—¡Y mi alma fue un sol, dormido en la noche de tu rizo!"

Y "El Poeta Egoísta" es ya la visión más real de las cosas; el verso más seguro y más cruel: "Una mujer—como una primavera,—bajó del carro. Era —la encarnación florida del placer.— Recuérdate la imagen más hermosa —que hayas labrado, poeta,—recuérdate la frase más íntima,—más alma que hayas cantado en toda tu vida inquieta,—y piensa, poeta, piensa— que la has mirado!"

Tiene también este ministro poeta varios ensayos. Uno de ellos trata la Revolución Mexicana. Nos conoce bien. Su impresión, dicha en el discurso de recepción a Vasconcelos, fue exacta. Analizando, concluye en dos etapas principales de una misma evolución: Porfirio Díaz y Vasconcelos. Aquél, impulsando la grandeza material; creando un cuerpo robusto; europeizando a México; trayendo el confort, la máquina, el ferrocarril.

Este, cultivando el alma; exaltando el espíritu de la raza; mexicanizando a México, "sin que esto signifique una regresión, sino una afirmación de la propia nacionalidad"; viendo hacia los campos, dirigiendo una magna cruzada del alfabeto.

De "nuestro" Diego Rivera dice: "... pintor estupendo que ha hecho de la tortura y de la miseria indígena una creación genial; que ha abierto nuevos derroteros a la estética del color, volviéndola más humana, más generosa, más verdadera, más trágica".

De México: "... Era grande y respetado. Hoy es original y creador. Mexicanidad es una palabra con sentido preciso e inconfundible, que ha ayudado a reafirmar un espíritu nacional y se ha derramado por todo el continente."

Y nos habla de la Escuela de Artes Plásticas; de la Sinfónica Nacional; de nuestra prensa. Conoce la actividad creadora y el pensamiento nuestros; por eso habla con seguridad de nuestras grandes figuras revolucionarias, y comenta, asimismo, nuestra poesía modernista y sus diferentes etapas evolutivas, desde la Revista Moderna, con Tablada, Urbina, Nájera, influenciados por el francesismo en boga de su época, hasta "los muchachos" de hoy: Pellicer, Torres Bodet, González Rojo... y con gran entusiasmo, al mejor poeta estudiantil (al único poeta estudiantil), Renato Leduc. Y de sus conocimientos y entusiasmo trata de hacer escuela en la cátedra y en el estudio.

Eso para nosotros que desconocemos o miramos con indiferencia las cosas y los hombres de algunos pequeños-grandes países de Centroamérica, pudiera ser una lección: México habla; habla mucho. Centro América lee.

No es fácilmente explicable esto. Aquellos son "los hermanos menores", como los llama el sentimentalismo lacrimoso del hispanoamericanismo. Pero, con poco que se les estudie, como ellos a veces hacen con nosotros, resalta lo contradictorio, a pesar de que la forma y la ideología de ellos y las nuestras son profundamente solidarias. Por eso interesa el punto de vista de Avila al respecto, que yo sintetizo así:

Es innegable la existencia de antagonismos, acciones y reacciones, no sólo en las ciudades y los pueblos, que son a manera de imagen del universo, sino en el propio universo. Pero para eso, la alta misión intelectual que el hombre constituye, en cuya misión todos los conflictos deberán anularse y fundirse. De ahí que Heráclito afirmase, con el eterno devenir incesante de las cosas, cómo hasta en los contrarios hay una identidad y un profundo acorde que cabe, que deberá caber siempre, dentro de la eutritmia universal.

Y marca el doctor Avila, discreta-

mente, un camino a los universitarios y a los intelectuales, para el verdadero acercamiento, por el conocimiento, pero sin dejarnos llevar por la mal definida y por eso peligrosa corriente en que domina el sentimentalismo de los mediocres, o la fatigosa superioridad elegante de los "superiores", como acontece a no pocos maestros nuestros, que estudian Centroamérica en un día, que dos barcos mal conectados hacen perder. Corriente que influye, asocia o contraría esas ondas vagas que no llegan, ni se alejan, ni consolidan nada del pensamiento y los actos que podrían atarnos en un nexo real y firme con los decantados hermanos menores.

Primero, la unificación y fraternización del pensamiento. Después, la acción. Tal vez esto sí produzca la ola de fondo capaz de levantar por siempre un valor único, común a todos: el alma de la raza.

Sólo por eso, si no fuera la savia virgen de su verso, el colorido de su frase, es interesante este ministro en derrota: por su sobriedad, por su orden por el ritmo del acto y el pensamiento.

Y porque, en el fondo de su plenitud y de su libertad, hay el sabio acorde del espíritu con la ley; forma sencilla, pero rara entre nosotros de hacer a los hombres y a los pueblos más hermosos, más valiosos. Tanto más, cuanto más altos encuéntrase espiritualmente.

En ese orden de ideas, mejor sirve a su pueblo, a nuestros pueblos, el ministro-poeta: derrotado en política, triunfador en el plano de los altos valores, donde sólo interesa el triunfo del espíritu."

#### UNA OBRA TEATRAL DE DON RICARDO ROJAS

Próximamente se estrenará en Buenos Aires la obra dramática "La Casa Colonial", de don Ricardo Rojas, ex-Rector de la Universidad de Buenos Aires. El doctor Rojas ha tenido al margen de sus otras actividades intelectuales, como un pasatiempo del

espíritu, una marcada afición teatral; desde hace algunos años escribe obras para el teatro. Recientemente leyó ante una numerosa concurrencia en el Liceo de Buenos Aires su nuevo poema dramático "La Casa Colonial", habiendo causado la lectura, como era de esperarse, excelente impresión. A continuación damos a conocer a los amantes del teatro algo de lo que es esta obra y del momento histórico en que se desarrolla.

Como su primera pieza "Elelín", esta segunda que Ricardo Rojas dará al teatro nacional es de tema histórico, que es el que más se presta a la afición investigadora y a la prosa teatral del autor. De tema histórico, pero más reciente; aquélla era de la época de la conquista; ésta, de la más cercana de la conspiración de Alzaga. Comienza en junio de 1812, mes del abortado complot, y termina a principios de 1813, momento en que la convocación de la asamblea del año XIII señala la primera formación de la nacionalidad. Sin duda el episodio que le da trama es de los más indicados para llevar al teatro, pues pocos momentos de nuestra historia son tan fuertemente dramáticos. Respondiendo a la necesidad de colocar en toda pieza, máxime de este género, una intriga sentimental, el autor ha imaginado el noviazgo de la muchacha hija del español enriquecido con haciendas y contrabandos, con el mozo de ideas y acción revolucionarias, fervoroso, exaltado, discípulo y compañero de Monteagudo. El padre de la muchacha está acusado de ser uno de los conspiradores de Alzaga, y el novio pertenece al grupo de los que reprimen y juzgan el movimiento. De ahí la fusión entre el conflicto político y los sinsabores del romance, tratado todo, naturalmente, en el tono apropiado y caballeresco que corresponde a la época y a los hombres que en ella actuaron.

Aparte de sus elementos teatrales y de su trama amorosa, necesariamente imaginativa, la pieza encierra el interés de su aspecto histórico,

que está reproducido con escrupulosa fidelidad. Varios personajes históricos aparecerán en escena y, entre ellos, además de Alzaga, Rivadavia y Pueyrredón, Monteagudo, Chiclana y Agrelo. Sobre todo los dos primeros están tratados con prolija detención, y entre ellos lleva a escena el autor un episodio, sin duda de marcado interés documental. Es la forma en un principio opuesta en que ambos encararon la denuncia de la conspiración y el incidente, pasajero, pero fuerte, que ambos tuvieron en un primer momento. Mientras que Pueyrredón se inclina a creer que las denuncias son infundadas y que se exagera la gravedad de la situación, Rivadavia asegura que el complot existe y reclama las medidas más enérgicas para sofocarlo. Esto da lugar a un diálogo de viva discusión teatral y de innegable interés histórico. Rivadavia se conduce con fogosa elocuencia y con dura y punitiva palabra y reclama con severidad el castigo de los acusados. Y de ahí el nuevo aspecto de la figura de Rivadavia que el autor busca hacer resaltar. Por encima del reformador penetrante, del legislador y del estudioso de los cincuenta años, le interesa este momento de la juventud del patricio, en el que se muestra en toda su espontánea y fogosa personalidad. Por otra parte, ello no es una creación imaginativa, sino que está basada en un valioso documento. Al volver Rivadavia de Europa, al pasar por Montevideo, narró a Florencio Varela su incidente con Pueyrredón y de las páginas que el glorioso proscripso escribió, lo ha tomado Ricardo Rojas para trasladarlo versamente a las tablas.

En el título y en el desarrollo de su pieza ha buscado Ricardo Rojas encarnar algunos símbolos de la época que ha elegido. Así, la casa del español adinerado, donde se inicia la obra, y que empieza a crujiir y a quebrarse con la situación del conspirador acusado y de sus negocios que vienen a menos, encarna la destrucción y el fin del régimen colonial,

como la vivienda de campo, el rancho casi, sobre las barrancas de San Isidro, en que se realiza el tercer acto, donde el romance se epiloga felizmente, es el nuevo régimen, la casa criolla, que se levanta como la nueva etapa social, como la nueva nacionalidad que en ese momento está surgiendo.

Dado su carácter histórico, evocativo y, por los escenarios y los trajes de la época, relativamente espectacular, se ha considerado que el momento más apropiado para llevar esta obra a escena es el de las festividades con que se conmemora el 25 de mayo. Por este motivo su estreno será posergado hasta esos días y se ofrecerá alrededor de esa fecha.

#### UN PROFESOR LATINOAMERICANO ECUANIME: EL ARGENTINO ERNESTO QUESADA

Del conocido escritor y diplomático sudamericano don Humberto Vázquez Machicado recibimos la colaboración siguiente: será leída con verdadero interés por todos los universitarios mexicanos:

"Años hace leí en Bolivia un artículo titulado "Un trabajador silencioso: el doctor Ernesto Quesada", que acababa de aparecer en una revista ilustrada bonaerense ("P. B. T.", año XIII, número 612, del 19 de agosto de 1918), la cual había popularizado antes su caricatura (el 20 de noviembre de 1915) con este versículo curioso: "Escritor de gran aliento—buen jurista y profesor; que en volúmenes sin cuento—del Tostado hizo un horror; académico de Hispania—por su mente y su saber; pues conoce hasta Alemania,—que es cuanto hay que conocer"... Por eso, cuando se anunció en nuestra histórica Universidad Mayor de San Andrés una conferencia del profesor argentino (el 15 de enero de 1926), asistí, junto con toda la juventud paceña de entonces, a la disertación anunciada, honrada como pocas, ya que allí estuvo el Presidente de la República, y al colloquium siguiente, en que profesor y oyentes discutieron amistosamente

la materia tratada: "Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo, Buenos Aires (1 volumen de cuarenta y cinco páginas). Allí Quesada aplicaba la doctrina spengleriana a las culturas precolombinas y a la situación especialísima de América, con una escueta minoría blanca en las posiciones públicas y una inmensa mayoría india en la población, de facto ajena a nuestro organismo cultural y político: Por eso denominó a esa faz de su conferencia: "el problema sociológico iberoamericano".

Años después—enviado el que esto escribe por el gobierno de Bolivia a Europa como miembro del servicio consular—supe en Berlín que Quesada, el único latinoamericano profesor de la soberbia Universidad alemana, había entrado en la categoría de docente honorario, por haber pasado el límite de edad de las funciones académicas (la revista "Humanidades", de La Plata, tomo XIX, 1929), y que el Rector Norden le había dirigido una nota (el 1° de mayo de 1928) al cumplir Quesada los 70 años, y que contenía los siguientes conceptuosos términos: "Una vieja tradición exige que el Rector, en representación del Senado, presente las congratulaciones de la Universidad Federico-Guillermo a los señores colegas que, durante su rectorado, celebran la fiesta de sus 70 años. Es para mí un verdadero placer desempeñar para con ustedes este honroso deber, en mi calidad de actual Rector. He podido convencerme, en el poco tiempo de nuestra relación, de cuanto nuestra Universidad se ha enriquecido con la potente personalidad de usted y la amplitud de sus miras y la multiplicidad de sus intereses científicos. Sabe, además, apreciar, en cuanto vale, la grandiosa donación suya, la cual, en una determinada orientación de los estudios, asegura a esta Universidad un lugar especial entre las instituciones científicas del universo. Nuestros votos, que presentamos a usted hoy solemnemente, son de que le sea a usted dado aplicar las poderosas cualidades de su personalidad intelectual en provecho de nuestra juventud académica. Lo

que la Universidad de su patria ha perdido en usted, séale dado conquistarlo al Alma Máter Berolinensis. Nuestros corazones laten hoy al unísono con el suyo, como hombre y como investigador; nos congratulamos de nuestra vida común y de nuestro trabajo en común con usted: ojalá sea de bendiciones y de larga duración."

Asimismo, supe que se había retirado a Suiza, en una región montañosa ideal, a orillas del lago de Thun, para entregarse a la ordenación de sus trabajos inéditos y a su publicación metódica. Nuestro compatriota, el inteligente Secretario de la Legación de Bolivia en Berlín, tuvo la gentileza de enviarme su artículo titulado "Con Ernesto Quesada en Berlín" ("El Diario", de La Paz, del 5 de julio de 1928), y en el cual se alude precisamente el problema indianoamericano, y mis ya antiguos deseos de conocer personalmente al profesor Quesada aumentaron.

Con el rodar de la vida, en el verano de 1930, se reunió en Hamburgo el XXIV Congreso Internacional de Americanistas, y el que esto escribe fue designado juntamente con el doctor Luis Postigo, para representar oficialmente al gobierno de Bolivia en sus sesiones. En la primera reunión preparatoria, en los salones de la "Curiohaus", fui agradablemente sorprendido con la entrada del profesor Quesada en compañía de su señora esposa y saber que tomarían parte en el Congreso. Allí, en medio del poliglótismo que era la nota característica, encontré ocasión de hablar breves minutos con ambos y quedé encantado de los buenos recuerdos que hacían de su visita a Bolivia.

No pude menos de fijarme en que la severa elegancia del profesor Quesada contrastaba no poco con el natural descuido de sus colegas en labores de investigación científica, y que han dado el ya tipo característico del "deutsche professor". Al día siguiente, en la sesión inaugural en el "Museum für Völkerkunde", pronunció en español un discurso de saludo a los delegados hispanoamericanos y leyó un sesudo

trabajo al cual después, cuando lo entrevisté, hizo referencia. En la recepción de estilo del municipio hamburgués en el salón de honor del "Rathaus" lucía un frac de irreprochable corte, y allí nuevamente volvíamos a departir y tuve el gusto de presentarle a mi colega del Ecuador, doctor Carlos Zambrano.

Pero no había podido hablarle a mi gusto y hacerle ciertos interrogantes que se me ocurrían, y espiaba de su ocasión propicia para ello. Por eso, cuando debía viajar a Italia a dedicarme a duras labores de investigación histórica en los archivos romanos, deseché la línea de Lucerna y preferí la del Simplon, para a mi paso por Spiez pedir al ilustre profesor unas palabras para los jóvenes de Hispanoamérica, que en esta trágica y suprema hora de desorientación mundial y "trasmutación de todos los valores", siente, más que nunca, la necesidad de directivas.

Allí fui a buscar al "trabajador silencioso", del recordado versículo: "pues conoce hasta Alemania—que es cuanto hay que conocer", y me presenté de improviso a visitarle en su retiro, que él denomina "Villa Olvido" y que ha puesto bajo el lema del claustro medioeval: "O beata solitudo, O sola beatitudo." Allí, cuando Quesada no está encerrado en su archivo, trabaja en su jardín: "c'est la qu'il plante ses choux" . . .

\* \* \*

El lugar es ideal: casi a un millar de metros sobre el nivel del mar, con el magnífico y hondísimo lago a sus pies, rodeado por los altos picos de las montañas del Oberland bernés: con la Jungfrau (4,166 metros), y el Bluemlisalp (3,667 metros) a un costado, al pie del Nissen (2,367 metros), tiene a otro costado el espeso bosque del Spiezberg, y se encuentra cerca del afamado centro de elegancia mundial, Interlaken. Situado en la línea internacional de los túneles Loetschberg y Simplon, forma Spiez un nudo ferroviario estratégico para las más rápidas comunicaciones europeas. Difícilmente

se puede encontrar un punto más hermoso y pintoresco. Allí tiene Quesada lo que él llama "su quintón criollo", un "Buen Retiro" precioso, que recuerda el clásico "Tusculum" del romano antiguo con las bellezas naturales más soñadas.

Vive en uno de esos típicos y cómodos chalets de pudientes campesinos suizos (pero campesinos, en fin), en cuyo interior ha acumulado tesoros de arte, en su mayor parte recuerdos de su padre (el estadista argentino Vicente G. Quesada), quien, durante su larga vida diplomática, reunió una colección única de gobelinos de las diversas épocas, un museo de esculturas en madera, de los primeros artistas desde Alonso Cano y Berruguete, sin contar una colección de muebles históricos, principalmente españoles, adquiridos durante su larga permanencia frente a la Legación de Madrid; recuerdo haber leído, tiempo hace, en una revista argentina ("Plus Ultra", marzo de 1918), Buenos Aires, una descripción de dichas colecciones artísticas, que hoy he podido contemplar en este rincón de Suiza.

En ese medio ambiente, entre tesoros artísticos y bellezas naturales, pasa Quesada el atardecer de la vida, gozando de merecido descanso; no obstante de entrar—el próximo junio—en su LXXV año, está fuerte, lozano y presenta una gran sensación de vida y de vigor.

Pero si bien con la donación de su biblioteca americanista (82,000 volúmenes), para fundar el Instituto Iberoamericano de Berlín, ha puesto Quesada punto final a sus tareas de investigador, conserva aún sus manuscritos personales y los de su padre, está entregado a su revisión y tiene en preparación—en estos momentos—la publicación de los 30 volúmenes de las "Memorias" de su padre, que abarcan la historia argentina desde 1845 a 1910 y en cuya copia a máquina está ahora sumido.

El día en que inesperadamente llegué a visitarle, bajó de su escritorio para recibirme, interrumpiendo su ta-

rea. Desgraciadamente para mí, su señora—la escritora alemana Leonore Deiteres de Quesada—había salido ese día y no me fue posible el saludarla. Lo sentí mucho, porque había leído de ella, años atrás, una monografía sobre "Los Nibelungos" (en "Humanidades", La Plata, 1923, tomo VII; allí se recuerdan sus obras alemanas, sobre todo su colaboración en la *Koelnische Zeitung*)—pero posteriormente publicó un libro que trata de culturas precolombinas: *Altamerika. Kulturhistorische Briefe fuer die Koelnische Zeitung*, Koeln, 1927; y al escribir este reportaje, acabo de conocer otro reciente trabajo suyo: *Altamerika, von der Kunst ausgesehen*, aparecido en aquel mismo diario alemán (16 de enero de 1932), relativo a la reciente exposición precolombina de Berlín, que fue inaugurada precisamente—por radio—por su esposo, habiendo aparecido el discurso de éste en la revista berlinesa *Ibero-amerikanische Archiv* (número de enero de 1932). Pero no podía prolongar mi permanencia en Spiez, por una parte, y por otra, enterado Quesada de que mi tren siguiente a Italia no me permitía demorarme mayormente, se puso en el acto a mi disposición, después de recordar muy amistosamente a nuestro Ministro en Berlín, doctor Anze Soria, y a su Secretario, Nielsen Reyes. De manera que, apremiado por el corto tiempo disponible, tuve que someter al doctor Quesada, sin más prólogo, a un fuego graneado de preguntas.

\* \* \*

P.—Traigo aquí el reportaje que le hizo a usted Nielsen Reyes a fines de 1928, y he subrayado esta frase, puesta en sus labios: "La juventud boliviana debe preocuparse de resolver un grave problema sociológico, pues la situación de los países hispanoamericanos (en los cuales asume el papel de nación una insignificante minoría y, en cambio, la inmensa mayoría queda excluida de la vida nacional y ni siquiera se siente como parte de la misma) es tan peligrosa y enfermiza, que no puede ni debe durar." Ese problema ha sido no hace mucho—en mi opi-

nión—puesto a la orden del día por las elecciones presidenciales peruanas y la propaganda "aprista", del candidato vencido Haya de la Torre... ¿Qué opina usted de esta propaganda que se gloria de ser comunista en la América Latina, apoyada en las tradiciones de algunas culturas precolombinas, como precisamente la incásica (que abarca a Perú, Bolivia y el Ecuador, como a parte de la Argentina), en presencia de la crisis doctrinaria sociológica mundial, entre el principio individualista de la cultura europea, todavía hoy dominante, y el criterio colectivista, que mueve al bolschevismo ruso y su avance formidable?

R.—El problema sociológico, así definido, es formidable: en efecto, los principios individualistas y colectivistas, en este momento histórico de la decadencia de Occidente, están disputándose la orientación del próximo ciclo cultural. Spengler acaba de publicar un nuevo libro: *Der Mensch und die Technik* (le recomiendo sobre el particular el artículo de mi señora en la *Koelnische Zeitung* enero 8 de 1932), pequeño por su corto número de páginas, pero enorme por sus proyecciones doctrinarias, y allí demuestra que estamos ya en plena catástrofe de nuestro actual ciclo cultural y en vísperas de formarse otro nuevo, no fácil de caracterizar. A este respecto he disentido con mi ilustre amigo en el papel que él asigna al factor ruso en el próximo ciclo. He sostenido—en un opúsculo de 1928 (*Der kommende Kulturzyklus*)—que el factor indígena americano, procedente de las antiguas culturas precolombinas, tendrá que desempeñar papel prominente en la civilización. La política cultural mexicana, por ejemplo, en la intervención doctrinaria de Calles y sus amigos, tiende a levantar de su apatía a la raza indígena; la misma revolución última boliviana ha declarado que la política mexicana debía ser considerada como orientación continental. Por lo demás, ustedes, los bolivianos—acostumbrados a la prédica de escritores como Tamayo, el mexicano Gamio, o como el cuzqueño Luis E. Valcarcel, cuyo libro

de 1928, "Tempestad en los Andes", ha sido tan característico para la mentalidad serrana—, saben que el problema indiano es hoy, por más que muchos se empeñen en no considerarlo así, una de las más prominentes preocupaciones latinoamericanas. He tratado otra vez—en mi discurso inaugural del XXIV Congreso Internacional de Americanistas en Hamburgo, en 1930 (E. Q. Die Indianerfrage im Weltteil Amerika, Buenos Aires, 1931)—de poner esta cuestión a la orden del día en Europa, con el resultado de haberse producido una interesante polémica doctrinaria con el profesor Sapper.

Cuando en 1926 llamé la atención de los estudiosos bolivianos acerca de lo que el indio significa o puede significar en un probable ciclo cultural americano, nos encontrábamos todos—profesor y oyentes—en terreno de vieja tradición cultural precolombina, como es el caso de Bolivia, donde el comunismo estadista incásico llegó a cuanta perfección puede darse dentro de su sistema de organización del Estado. Hoy mismo Rusia no hace sino imitar, inconscientemente, el modelo precolombino: pero con una inoculación peligrosa marxista proletaria, que amenaza orientar en otra forma el socialismo incásico y el posterior jesuítico de las misiones paraguayas, cuyos regímenes realizaron—mucho antes que la Europa contemporánea—los ideales del seguro social "avant la lettre" en sus diversas formas, si bien con la supresión del comercio internacional y con un paternalismo teocrático y absolutista y sin contrapeso, pero con el resultado de producir la felicidad pasiva (como tiene que suceder en todo sistema de dictadura, sea colectivista o fascista, proletario o monárquico), de las poblaciones respectivas. Por cierto, si hubiera debido dar conferencias sobre el tema indiano en otras partes de América, habría tomado en cuenta la idiosincracia cultural respectiva, como hubiera sido el caso de Colombia, cuya tradición chibcha fue—como lo expuso Cuervo Marques, en discusión oficial, en el Congreso de Washington (1915)—netamente indi-

vidualista más que colectivista. Pero eso sólo quiere decir que ese problema sociológico americano es más complicado de lo que parece y que se trata de asuntos dignos de estudio detenido.

En nuestra América la cultura oficial—diré así—es netamente europea. Sólo en México tiene carácter indiano definido...

P.—¿Me permite una observación, doctor? Si la organización del Estado es el producto de la índole misma del pueblo a que ha de aplicarse, y que eso es lo que hasta hoy no se ha hecho en América, considera usted acaso que el movimiento aprista, que se ha revelado tan poderoso en las últimas elecciones presidenciales del Perú con la candidatura de Haya de la Torre, está llamado a realizar "obra de varón" en tal sentido?

R.—En cuanto a la importancia del comunismo en nuestra América—lo que visiblemente, por su pregunta, preocupa a usted—, me parece tratarse más bien de un fenómeno debido a la guerra mundial más que propiamente a la tradición indígena incásica. La propaganda bolschevista en las repúblicas latinoamericanas, a la sombra del dumping soviético como resultado del plan quinquenal de Stalin, es reciente y superficial, haciéndose sentir principalmente en la masa obrera de los puertos, como se probó con la intervención policial argentina en la sociedad "Jumantorg" (repetiendo el procedimiento londinense con la sociedad parecida "Arcos"). En Buenos Aires, la U. S. A. (Unión Sindical Argentina) es una imitación de sociedades análogas europeas. En el Brasil, la C. G. T. (Confederación General del Trabajo) lo mismo. En Chile, la F. O. C. (Federación Obrera Chilena), igualmente, pero se ha magnificado el movimiento, por la participación de los políticos, como Alessandri e Ibáñez, en pro y en contra. En Perú—desde la huelga de Cerro de Pasco (1930), para la cual en el Senado de Estados Unidos se propuso, con ingenuo aplomo, enviar una división naval a fin de "bombardear" a los huelguistas desde el mar,

—la C. O. P. (Confederación Obrera del Perú) ha tratado—con aparente poco éxito—de recordar a los trabajadores indígenas su tradición comunista precolombina. En Bolivia, el presidente Salamanca—en su mensaje de 1931—quizá exageraba el carácter doctrinario comunista de los levantamientos indígenas, poco ligados a la institución de Ayllu. En Colombia, los agentes de la III Internacional se han mostrado muy activos, sobre todo en la región carbonífera. En Cuba, también la acción comunista se deja sentir, pero como inoculación visiblemente extranjera, no obstante la participación estudiantil. En las repúblicas centroamericanas se nota la infiltración de análoga propaganda. En México ha tomado mayor vuelo, y la C. R. O. M. (Confederación Regional Obrera Mexicana) ha desplegado una indiscutible actividad socialista. Pero todo esto no es sino un fenómeno artificial en los pocos centros industriales: los partidos políticos, aprovechando la crisis económica mundial, tratan de explorar a su favor ese movimiento comunista en países de poca población y de industrias artificiales—donde es ilógico, como otrora lo manifestó el socialista Ferri—, pues son pastoriles o mineros. El fracaso de la reciente intentona comunista en Chile, instigada por los agentes soviéticos desde Montevideo, es prueba acabada de lo artificial del movimiento. Pero no me parece que se pueda atribuir carácter tradicional precolombino a manifestaciones semejantes.

No he tenido oportunidad de conocer personalmente a Haya de la Torre—que tanto parece preocupar a usted en ese sentido y por quien tiene viva simpatía—, pero he mantenido correspondencia con él: a) escribió sobre mi donación de la Biblioteca Quesada para fundar el Instituto Iberoamericano de Berlín (Anglo South American Guide, Londres, número de abril de 1930, volumen XI, número 121); b) le soy deudor de un juicio favorable—sobre todo, dada su calidad de peruano—sobre mi libro de 1917: "El desenvolvimiento social hispanoamericano: el período precolombino", en el cual me decía

desde Berlín: (29 de marzo de 1930) "especialmente en lo que se refiere a lo incásico (cuestión que conozco más de las que usted trata en él), me parece lo más completo y más claro que nadie haya escrito sobre tan importante asunto; es usted quien ha tratado el punto más integralmente". Sabía que había fundado la "Apra" (Alianza Popular Revolucionaria Americana), en 7 de marzo de 1924, sobre bases aparentemente más bolschevistas que incásicas, pero que—si no estoy mal informado—no tuvo, en Europa, arraigo visible en la masa obrera ni tampoco en la estudiantil, por lo menos en los centros latinoamericanos de mi conocimiento, como la "Ángela" (Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos), que funciona en París, Berlín, etc. Estimo rendidamente las condiciones intelectuales de Haya de la Torre, cuya amistad con Ingenieros fue, entre nosotros, vínculo común: "Entre los hombres que mayor influencia han tenido sobre mí en mi juventud—me escribió Haya de la Torre—, está José Ingenieros, cuyo nombre reverencio. A él le oí hablar de usted en París en 1925. Sabía que eran amigos y compañeros. Todo eso me ha acercado a usted más y más, y por eso deseaba muy de veras tener la oportunidad de comunicarme directamente con usted." No sé si por haber intimidado aquél después más con Alfonso Goldschmidt, se inclinó, sin embargo, a las tendencias soviéticas más que a las del comunismo indiano precolombino, y no estoy bastante interiorizado en la última campaña política peruana para darme cuenta del carácter de su ordenación doctrinaria actual. Usted—como boliviano—debe de estar más al tanto de esa faz del asunto. Por lo demás, menester es reconocer que Haya de la Torre ha hecho ardorosa propaganda aprista en Europa y América, escribiendo constantemente en el periodismo latinoamericano en su afán de proselitismo. En el "Repertorio Americano", de Costa Rica, por ejemplo, ha predicado sin ambages sus doctrinas, de modo que no cabe interpretarlas mal. No es la suya una prédica marxista-

ta o bolchevista neta, como le echan en cara sus adversarios: es un constante llamado a la unión de nuestros países latinoamericanos, en defensa contra el imperialismo yanqui, en lo político y económico, pues considera que el moderno imperialismo estado-unidense, en la capitalista e industrial, es nuestro mayor enemigo. Predica la lucha contra los despotismos criollos sumisos al imperialismo. "Sólo organizando—ha dicho—una fuerza política y moral latinoamericana, que tienda a crear un sistema de renovación interior, nos salvaremos, esa es la doctrina del Apra en su esencia." Por eso se denomina "partido antimperialista y unionista latinoamericano" y su programa continental va contra el imperialismo yanqui, manifestándose por la unidad política y económica de los pueblos de América Latina, por la nacionalización de la riqueza, por la internacionalización del canal de Panamá y por la solidaridad de todos los pueblos oprimidos del mundo.

Lo anterior, pues, demuestra que el aprismo no es un movimiento peruano exclusivo, ni tampoco exclusivamente comunista o de tendencia bolchevista. Recientemente—en "La Prensa" (Buenos Aires, 6 de enero de 1932)—José Gálvez, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Lima, ha declarado que "la Apra es un partido de origen continental, pero que se ha localizado en el Perú: cuenta con fuerzas ponderables, reúne en su seno numerosos elementos liberales e intelectuales que, por el número de representantes que ha logrado en el congreso, están llamados a desempeñar un papel de singular importancia en el futuro desenvolvimiento político, económico y cultural del país".

P.—¿La actividad aprista significaría un positivo avance en la obtención de una estética propia?

R.—Muy lejos nos llevaría ahora el problema doctrinario que usted plantea y que—en mi concepto—nos alejaría un tanto de las condiciones peculiares americanas. El recordado Gálvez—esta vez en "La Nación" (Bue-

nos Aires, 3 de enero de 1932)—ha dicho que el aprismo "tiene una índole más universalista y, por decirlo así, abstracta: toca los temas propios de la inquietud del mundo todo y adopta para su expresión formas muy modernas; estas expresiones del espíritu se producen diversamente en el campo poético, plástico, musical". De modo que el programa aprista teóricamente encierra, a todas luces, la pretensión de una estética propia con tal propósito.

Que lo realice no es de dudar, siempre que sus actividades sean dirigidas al alma misma del pueblo indiano, a sacarlo de su estado de "barbecho", para usar términos spenglerianos, y se la encamine por una vía de asimilación de lo adaptable de las culturas extrañas, que, antes de matarle su propio espíritu, más bien lo hagan producirse en lo que sea capaz de dar para adquirir un sentido propio del arte característico de su ciclo. No serán, posiblemente, los valores greco-romanos, ni los del ciclo fáustico del Renacimiento, los que guíen ese despertar de la raza, así como tampoco la imposición de una absurda xenofobia artística, a que parecen inclinarse algunos "ultraístas" mexicanos... Mientras tanto, provocar en el indio la comprensión de la belleza, tal cual la siente en su fuerte espíritu de nativo, sería lo deseable.

Es un truísmo sociológico decir que la estética, o sea el sentido mismo de un pueblo para comprender y manifestar la belleza, es una formación nacional que brota desde las ínfimas y más ignotas capas de las clases sociales, desde el alma misma de la masa popular, hasta cristalizarse en las más cultas, que son, en este caso, las encargadas de darle la forma que deba adquirir. De ahí que cualquier violencia en los procedimientos sea completamente contraproducente; ello debe de tenerlo muy en cuenta la Apra, si quiere obtener la realización de su programa y no únicamente extremar postulados de por sí ya bastante avanzados para el estado cultural de América.

P.—¿Ha insistido usted con Spengler

sobre ese concepto del ciclo cultural americano, que quizá no le es familiar?

R.—Casi todos los años dicho amigo me visita unos días y pasamos gratos momentos en la tranquilidad de este retiro voluntario que me he impuesto, por razones de salud y de descanso, después de más de medio siglo de trabajo incesante. Aquí, principalmente en las largas veladas, discutimos muchas veces sobre esta objeción que le he hecho en repetidas ocasiones, y Spengler alega siempre la carencia de materiales acerca de los ciclos culturales americanos o de su estado actual, pero no se resuelve, de su parte, a aprender el español y es difícil encontrar fuentes de consulta de primera mano en otros idiomas sobre este tema. Los no-europeos, como Gandhi, por ejemplo, no me parece que tampoco le interesen mayormente. Con todo, usted, como todo el que conoce Europa, habrá podido apreciar el egocentrismo involuntario que caracteriza a los pensadores de este continente: tienen metido en el alma que no existe más cultura ni más civilización que la suya propia y que todo en el mundo debe reflejarse de acuerdo a ella, con ella o contra ella; por más que sepan que ha habido muchas otras culturas, el prejuicio es tal y tan innato que no pueden desprenderse de él, y de aquí resulta que todas las discusiones en este sentido se resienten de este pecado original. Los Estados Unidos no son sino una prolongación de la cultura europea, y ya he dicho que la faz actual de Hispano o Iberoamérica pretende ser siempre de acuerdo a patrones europeos, contribuyendo todo ello a embrollar aun más la exacta comprensión del problema. Pero, de todas maneras, por lo mismo que he trabajado tanto en esta materia y hasta le he dedicado más de un curso universitario, estoy convencido cada día más de la proximidad del ciclo cultural a base de autotoniismo americano.

Puede usted, entonces, decir a la juventud estudiosa de su patria que este viejo profesor la alienta con su palabra a laborar en este sentido y preparar

así el advenimiento de esa cultura indiano-europea, que será nuestra, muy nuestra, en la que plasmaremos nuestro pensar y nuestro sentir, sin ambigüedades, sin copias, con personalidad propia y con positivas valorizaciones.

\* \* \*

P.—Pero su descanso, doctor, me parece un concepto muy relativo...

R.—Ya que ha hablado usted del descanso, debo decirle que —para usar sus palabras—es sólo relativo: cuando se ha trabajado como yo lo he hecho, se puede esperar que al menos los últimos años se pasen libres de la inquietud diaria de los esfuerzos intelectuales, pero recibo continuamente comunicaciones de muchas partes, interrogantes sobre problemas fundamentales, a cuyo estudio he dedicado muchas horas y más de un libro, y no se puede resistir a la tentación de seguir dando de sí, en la medida de lo posible, de lo que uno piensa aún sobre ello en esta última etapa de mi vida, en homenaje a esa juventud en cuya enseñanza he sacrificado mi existencia toda. Añada usted que ahora—sea por tratarse de publicaciones periódicas europeas o por reclamarme trabajos principalmente editores alemanes—debo escribir casi exclusivamente en alemán, lo que modifica en todo sentido mi bibliografía y el alcance de mi propaganda en nuestra América.

P.—Estas palabras tuyas me animan a preguntarle ¿por qué encontrándose aún con tan buena salud y mejor ánimo, resolvió donar su afamada biblioteca a Berlín, privándose así de continuar investigando...?

R.—La respuesta debería ser sencilla: porque hay que poner punto final alguna vez. Además, mediaba una promesa hecha a mi padre y a la que me he referido en un opúsculo sobre la historia de dicha donación (E. Q. Die Quesada Bibliothek und die Latein-Amerika Institut, Berlín, 1930). En el testamento de mi padre (C. O. Bunge: "Vicente C. Quesada, Breve Estudio Biográfico y Crítico", Buenos Aires,

1914) se lee: "es mi deseo que mi hijo, en vida o por testamento, se desprenda de nuestra biblioteca para alguna institución pública, siempre que el gobierno compense en dinero cuanto padre e hijo han gastado en formar tal colección de libros, manuscritos y papeles históricos, quizá la única semejante hoy en el país en poder de particulares"; y agregaba: "si nuestro gobierno no quiere—o no puede—adquirir la biblioteca y museo, es mi voluntad que mi hijo los coloque en vida en Europa, por cuanto su conservación representa una verdadera hipoteca para una familia, porque exige una casa entera y continuos cuidados; antes que repartirlos entre mis nietos, con lo que dichas colecciones perderían su valor de conjunto, es preferible se trasladen al extranjero, si en el país no hubiera interés para ellas". Pues bien, durante el rectorado de Arce en nuestra Universidad, se interesó aquél (octubre de 1922) por que el gobierno adquiriera la biblioteca y museo de mi padre, para instalar en la misma casa el despacho del rectorado. El 27 de abril de 1923, me escribía Arce: "Mi plan es el siguiente: 1º, obtener la opinión personal del señor Noel y de los señores del Campo y Carcova, director, el primero, del Museo de Bellas Artes, y vocal, el último, de la comisión que preside el Sr. Noel, respecto del mérito artístico de las tallas, telas y demás objetos de arte que integran su galería; 2º, si como espero, ella es decididamente favorable, interesar al Presidente de la Nación (doctor Marcelo T. de Alvear) en el asunto." La inspección se verificó, los trámites se cumplieron: "la Comisión—decía yo a Arce en 5 de mayo de 1923—me dijo que comunicaría a usted sus impresiones, adelantándose que no podían ser más favorables, tanto respecto del mérito artístico como del alto valor de dichas colecciones: hablaron igualmente de conversar de ello con el Presidente"... Pero el tiempo pasó, los esfuerzos del señor Arce no lograron vencer la inercia del ambiente y fracasó tal tentativa.

Los años continuaron pasando, a su vez, veloces, hasta que el gobierno ale-

mán resolvió hacer suya dicha tentativa. Justamente me hallaba yo en Europa; había hecho una excursión a Spitzbergen y un vuelo hacia el Polo, del que di cuenta en un telegrama a "La Nación" 5 de agosto de 1927: "Volamos hoy, 3 de agosto de 1927, sobre la región polar de Spitzbergen, a una altura de 1,000 metros, y llegamos hasta los 81º lat. N. Me ha cabido la satisfacción de ser el primer argentino que ha llegado en vuelo a estas comarcas. Hice el viaje con piloto alemán Hubrich, que dirigía un hidroplano Junkers 13, completando el pasaje mi esposa, el barón Morsey y el doctor Underberg." Debo declarar que ha sido esa quizá una de las impresiones más hondas de mi vida: ¡volar a esa altura y con una velocidad de más de 100 kilómetros por hora, para mí enorme, hacia el Polo, entre nubes y hielo, en forma de "packeis", con un horizonte sin límite en toda dirección, recorriendo níveas regiones, sin que antes se hubiera jamás ensayado vuelo con pasajeros en tal paraje y que resulta no haberse tampoco repetido después! Mi señora ha referido, en un opúsculo suyo (L. N. D. Die Insel der erstarrten Stroeme, Koeln, 1927; recopilación de las cartas enviadas a la Koelnische Zeitung), dicho vuelo, que fue único ensayo audaz sin mañana, de la compañía Junkers.

Fue en este tiempo que los antecedentes ya relatados se los referí yo mismo al profesor Gast, que había estado en nuestro país, y entonces Prusia inició las gestiones del caso para que se verificara la donación, se fundara el Instituto Germano-latinoamericano, deseado por mí, y quedara asegurado el porvenir de la biblioteca. Así se ha verificado; el Ibero-amerikanische Institute está ya instalado en un verdadero palacio, frente—plaza de por medio—al que fue del emperador... Por lo demás (en el reportaje de su compatriota Niesen Reyes, con que ha iniciado usted esta entrevista, había explicado yo la razón de la donación), "quise—dije allí—que mis libros se convirtieran en una institución de carácter permanente, para ser utilizados por la juven-

tud estudiosa y por todos los que se ocupan de cuestiones hispanoamericanas, contribuyendo a la vez a acercar las dos culturas: la germánica y la hispanoamericana, con beneficio recíproco, fundando un Instituto que sea, a la vez, un foco cultural, un centro de docencia y una casa de investigación”.

Mientras tanto, la inercia criolla en materia de bibliotecas continúa en su auge, pues he leído últimamente, en el diario suizo *Berner Tagblatt* (28 de diciembre de 1931), que ni siquiera la rica biblioteca de Estanislao S. Zeballos se ha salvado de ser rematada por dos cominos, a la usanza criolla, en paquetes de volúmenes de índole diversa, acondicionados por tamaño, para que los lotes contuvieran lo que pudiera interesar (como si fueran comestibles diferentes) a uno u otro; se creyó que “La Prensa”—de la cual Zeballos había sido el “fidus Achates” vitalicio—salvaría la situación, adquiriendo en conjunto la biblioteca para incorporarla a la muy notable que el diario tiene, pero resultó que la indiferencia gubernamental por libros posiblemente contagió al poderoso rotativo, pues dejó malbaratar aquella selecta librería diseminada a los cuatro vientos por ínfimo precio. El diario suizo, como comentario, agregó: “inútilmente se hicieron esfuerzos por parte de los círculos intelectuales para impedir ese desastre cultural con el desparramo de tanta riqueza literaria; ni el gobierno, empobrecido actualmente por la crisis económica, ni la empresa periodística multimillonaria pudieron ser convencidos de la necesidad de intervenir”. Ahí tiene usted, amigo mío, el destino lamentable de nuestras bibliotecas particulares cuando fallece el dueño: es la aplicación, al pie de la letra, del dicho antiguo: “habent sua fata libelli”. Eso precisamente es lo que movió a mi padre al recordado mensaje de su testamento y lo que me impulsó, ante la indiferencia gubernamental de mi época, a salvar el porvenir del esfuerzo de padre e hijo, asegurando la existencia de semejante biblioteca. Para ello tuve que sacrificarme, privándome en vida de conservar esos

tesoros bibliográficos hasta el último instante.

Añada usted que, en mi país, hasta mis propios discípulos desaprobaron mi donación. Narciso Binayán, por ejemplo, me escribía (Buenos Aires, 21 de octubre de 1929): “Usted sabe que todavía no le hemos perdonado del todo el traslado de la biblioteca. Yo creo, y lo he repetido varias veces (pasado el primer movimiento de furia), que su biblioteca puede ser mucho más útil—si no ahora, en un futuro cercano—allá que acá.” Eso quiere decir que en el primer momento todos, allí, me “crucificaron”... No importa; el tiempo dirá quién tuvo razón. No sé si la vida me permitirá asistir a tal resultado. No dudo de la exactitud, en general, del dicho gabacho: “tout arrive a temps a qui sait attendre”, pero ignoro si el “sait”—en mi caso—podrá ir apareado con el “peut”! Creo no equivocarme al sostener que el porvenir (esté yo o no todavía en vida) me dará la razón y hasta mis compatriotas más recalcitrantes así lo reconocerán. Me conforta, a este respecto, un recuerdo del general Mitre, quien, visitándolo algún tiempo después de cumplir los 80 años, me decía sonriente (sacando de sus labios el grueso habano que habitualmente fumaba con fruición): “Mi amigo: no se muere Ud. joven. El que sobrevive a sus coetáneos, tiene siempre razón.” Y años después, saludando a otro viejo amigo, el venerable Carlos P. Lumb, en vísperas de cumplir los 100 años, le oí esta coincidencia singular: “Amigo, la ciencia de la vida no consiste tanto en vivir, cuanto... en sobrevivir.” Pero, en esto, la voluntad es flaca y la naturaleza todopoderosa.

P.—¿Cuál es su mayor preocupación ahora en tal sentido?

R.—Ahí tiene usted los 176 volúmenes que comprenden mis obras publicadas—y al decirlo indicó nutridos anaqueles de su biblioteca—y ya los últimos ocho volúmenes están en alemán. Y señalando un otro sector de su biblioteca agregó: allí está también una serie de otros, inéditos, que no

sé si—dada mi edad avanzada—dispondré de tiempo para publicarlos. La edición de esas obras constituye, pues, mi mayor preocupación ahora; nuevas investigaciones históricas serán ya, para mí, muy difíciles. En seguida me enseñó los volúmenes escritos por su padre: Hubo siempre entre mi padre y yo—agregó—una comunidad de idealismo tal, una comprensión tan semejante de los deberes intelectuales y culturales y una afinidad de espíritu de tal índole, que puede decirse que hemos sido una sola unidad. Ahí están varios volúmenes suyos dedicados a mí, como otros míos están dedicados a él, y es su espíritu el que más me ha alentado, en horas de desfallecimiento, a seguir siempre en la lucha por la ciencia y el estudio. Empezó él ya el viaje sin retorno y es esa honda herida en mi alma, que el tiempo no puede cicatrizar.

Descendíamos la mullidamente alfombrada escalera que de su escritorio conduce al piso bajo, y nos detuvimos a admirar un grande y hermoso tapiz que de arriba abajo adornaba el muro: "Es de Bruselas—me dijo—, salido de los talleres de Panemaker, tejido sobre un cartón de Jean Vermeyen, el pintor de cámara del emperador Carlos V; hace parte de una serie de 10 otros, que representan la historia de Jacob (en materia de tapices, me permito recomendarle una obra de consulta segura, si bien poco conocida, quizá por su elevado precio; la de Heinrich Goebel: Wandteppiche, Leipzig, 1923-28, hasta ahora 4 lujosos volúmenes, pero todavía en curso de publicación), y el emperador donó toda la serie, en 1536, a la catedral de Burgo de Osma, en España. Allí permanecieron cuatro siglos hasta que, con intervención de la Nunciatura, fueron vendidos para sufragar reparaciones en la Iglesia y pasaron en parte a poder de mi padre, entonces Ministro argentino en Madrid. Por lo demás, éste ha referido el origen de sus colecciones artísticas en un libro póstumo que tiene usted aquí (y me presentó el volumen: Vicente C. Quesada: "La Casa del Abuelo en Madrid" (Buenos Aires, 1926, un

volumen de 234 páginas). Me invitó en seguida a recorrer las salas y galería donde están instaladas dichas colecciones.

Pero no podía dedicarle muchos momentos, pues la hora de mi tren se acercaba y antes de despedirme deseaba formular todavía una pregunta final, especialmente interesante para los bolivianos.

P.—Para terminar, profesor—le dije—, ¿qué recuerdos tiene usted de Gabriel René Moreno, erudito boliviano por el cual tengo la más grande admiración y que estuvo muchas veces en Buenos Aires, siendo amigo de usted y de su señor padre?

R.—Traté mucho a su compatriota, hace la friolera de casi 60 años. Era él entonces Director de la Biblioteca del Instituto Nacional de Santiago de Chile y había abandonado, creo para siempre, a Bolivia, su patria, y se decía que por motivos políticos. Escritor conocido y erudito de gran autoridad, se encontraba en Buenos Aires haciendo investigaciones en el Archivo, para su libro en preparación: "Últimos Días Coloniales", como pensaba entonces titularlo. Muy relacionado con mi padre—creo desde la época en que éste era Secretario de la Legación Argentina en Bolivia, año de 1852 (de ese entonces no conservo, explicablemente, muchas ni pocas memorias...)—, recuerdo que mantenía correspondencia con él sobre asuntos literarios o históricos, con motivo de las revistas de la época, en las cuales ambos colaboraban. Comía con frecuencia en casa, siendo mi padre, a la sazón, Director de la Biblioteca Pública, instalada entonces en una vieja casa colonial (que aun existe) en la calle Moreno, de Perú a Bolívar, frente a la entonces Casa de Gobierno, donde había tenido Rosas su despacho oficial durante su larga administración de más de un cuarto de siglo. Mi padre acostumbraba reunir algunos amigos a comer en un día determinado de la semana; entre sus comensales—que he recordado alguna vez en cierto artículo publicado en la revista argentina "Nosotros"—asistía con frecuen-

cia nuestro poeta epónimo Carlos Guido y Spano (Ernesto Quesada, "La Personalidad de Carlos Guido y Spano, Buenos Aires, 1918), entonces—por singular ironía del destino, tratándose de un poeta semejante—prosaico Director del Archivo. Moreno y Guido conversaban en la mesa casi siempre sobre las investigaciones históricas del primero, que pasaba sus días revisando papeles en el Archivo.

Un día, Guido, azorado, vino a hablar con mi padre en hora de oficina, en el despacho de Director de la Biblioteca, diciéndole que sus empleados estaban convencidos de que René-Moreno robaba papeles, pues lo habían atisbado escondiendo algunos bajo el chaleco. Como lo había conocido en casa, venía a comunicarle el hecho. Mi padre, asombrado ante el descubrimiento, pero creyendo en algún malentendido, aconsejó a Guido se viera en el acto, confidencialmente, con el jefe de la Policía, para evitar un escándalo inútil y tranquilizar a la vez sus justos escrúpulos de archivero. Se confió el asunto a un pesquisante hábil y discreto. Al día siguiente, en el momento en que Moreno se retiraba del Archivo, después de haberlo vigilado el pesquisante y convencido de la verdad de la denuncia (pues Moreno no sospechaba la vigilancia) y cayó como un chorlo en el garlito, lo acompañó—sin llamar la atención—al hotel, haciéndose reconocer, y en su baúl se encontraron otros papeles de procedencia del Archivo... Confesó entonces Moreno—renunciando a toda defensa—que eran documentos relativos a la época colonial investigada los que sustraía para ahorrarse el trabajo de copiarlos o extractarlos; había enviado ya no pocos a Chile, donde escribía el texto de su libro. La escena fue dramática; en su desesperación, Moreno suplicaba que no se le perdiera con una investigación criminal, alegando su falta de intención delictuosa, pues los papelistas no estimaban un hurto de papeles como robo. Se le condujo—a su pedido—otra vez discretamente al Archivo, donde estaban Guido y mi padre, azorados ante el hecho; con la promesa de restituir lo

que ya había remitido a Chile, se evitó el escándalo (si bien—según mis recuerdos—algún diario se hizo eco del rumor), y Gabriel René-Moreno se ausentó incontinenti a Santiago... No volvió a visitar a sus amigos de Buenos Aires. Mi padre no quiso perder a un hombre de tales cualidades, entregándolo a los jueces, que habrían tenido que hacerle un proceso criminal con arreglo a la letra de la ley, lo que le habría hecho perder su puesto en el Instituto Santiaguino, además del sambenito de la condena; por otra parte, el argumento sobre los papelistas le hizo fuerza a mi padre, por la razón que le daré a usted en seguida. René-Moreno remitió desde Santiago, en efecto, algunos documentos, pero Guido pretendió que no eran todos los que faltaban; como entonces los paquetes de papeles no tenían lista propia, no era fácil comprobar la falta; los papeles en ese entonces no estaban catalogados individualmente, sino por paquetes referentes a materia y fecha determinada; era menester consultarlos precisamente por paquetes, lo que facilitaba la substracción de alguno o algunos, y sólo una vigilancia muy sutil, en habiendo desconfianza, podía descubrir tal hurto. Y ahí tiene usted, amigo mío, el trágico final de mi recuerdo sobre su compatriota, personalmente tan simpático. En cuanto a su libro "Últimos Días Coloniales en el Alto Perú", es éste un monumento de erudición, pero visiblemente incompleto, porque no pudo terminar su singular procedimiento de búsqueda en el Archivo bonaerense, donde precisamente se encontraba toda la documentación de la época del virreinato.

Le dije que a mi padre le hizo fuerza el argumento de René-Moreno sobre los papelistas. Esto me trae a la memoria otro recuerdo personalísimo. Entre los amigos y comensales de mi padre solía concurrir, pero sólo de tiempo en tiempo, un historiador argentino muy conocido, honorabilísimo caballero, pero que tenía la cleptomanía papelistica en la punta de los dedos. Me tuteaba, pues desde muy niño me había conocido. Era uno

de los hombres más eruditos de su tiempo, y no hacía misterio de su afición a los papeles ajenos, que se esforzaba en "salvar", como decía chancéandose. Cierta es que sólo lo hacía cuando se trataba de documentos o libros de valor histórico indiscutible, que en librería no se encontraban fácilmente, y con ellos enriquecía su biblioteca, pero—temeroso de se le fastidiase por su enfermiza manía—no mostraba sus libros a sus conocidos sino con las más grandes precauciones, temiendo que tuvieran análoga afición. Era si no la persona más digna de respeto. Pues bien, años después—vivía aún mi padre, pero salía ya poco de casa—, siendo ambos miembros de la Junta de Historia y Numismática Americana, con motivo de haber invitado yo a un grupo de colegas un día a la biblioteca de la plaza Libertad, asistió don Angel Justiniano Carranza, entre otros. Conocía yo su peligrosa afición, por lo cual no le quitaba los ojos mientras atendía a los demás comensales. Como los libros estaban en estantes sin cristales y los visitantes recorrían las estanterías, tomando en sus manos tal o cual libro que les interesaba, teniendo el salón principal más de 35 metros de largo, se hallaban diseminados los invitados en dicho espacio, pero yo me mantuve al lado del recordado amigo. Nada noté ese día. Pero el domingo siguiente, al reunirse la Junta en los altos de la casa de Alejandro Rosa, me dice alegremente Carranza, en medio de joviales carcajadas de los demás amigos: "Me vigilaste, Ernesto, pero te la di chanta. El famoso ejemplar del vocabulario tupi, que tu padre se enorgullecía de poseer y que es único, ahora emigró de tu biblioteca a la mía. Lo salvé. No trates de encargar otro; el que fue de ustedes era absolutamente único." Y echó a la broma esa repetición del proceder de René-Moreno.

P.—Pero doctor, lo que usted refiere hace parar los pelos de punta...

R.—Sin duda. Pero este recuerdo le permite a usted apreciar mejor el incidente de su compatriota. Del punto de vista general, evidentemente se trata

de un delito. Del punto de vista especial del erudito, desgraciadamente no es siempre así. Y es eso lo que quita al incidente policíaco de René-Moreno su carácter de odiosidad vulgar. Pero, por supuesto, eso no justifica ese hecho.

P.—Mucho de eso ha pasado y pasa también en Bolivia. Es una enfermedad criolla el descuido de nuestros archivos, y por eso no son pocos los documentos que faltan...

R.—Muy exacto. A veces no es la pasión individual del coleccionista la única culpable de "salvar" tales papeles. La "non curanza" de nuestros políticos con frecuencia ha contribuido a ese saqueo. Por halagar a ciertos personajes políticos aficionados a estudios históricos, nuestros gobernantes—a veces caudillos—les han hecho facilitar en préstamo (cuando no derechamente regalar) documentos de todo género, sin exigir recibo, y todos se han olvidado de reclamarlos después, permaneciendo en poder de particulares hasta la muerte de los beneficiados, "et au-de-la"... Recuerdo un hecho curioso: en una sesión de la Junta de Historia el Gobierno nos comunicó una ley recién sancionada para publicar las actas secretas de determinado congreso, pero agregando que los documentos no se encontraban; se nombró una comisión que buscase los originales, y se comprobó que no se encontraban en parte alguna. Ahora bien, yo sabía que se hallaban en poder de un ex-gobernador, quien me los había mostrado bajo palabra de reserva, de modo que no podía revelar el misterio; tuve que limitarme a afirmar que la documentación existía. Fue menester esperar a que falleciese el personaje, para que sus herederos, apercibidos de la existencia de dichos documentos, los devolvieran para su publicación, como se verificó.

Otra vez, el nieto de un personaje me mostró en su caja de fierro una serie de documentos reservados que su abuelo no había dejado en el Ministerio porque afectaban cierta reputación; mi consejo fue que, dado el tiempo transcurrido, debían publicarse,

devolviendo al Archivo los originales, y la lujosa publicación se hizo. En otra ocasión, habiendo sido encargado el historiador Vicente Fidel López de publicar las Actas del Cabildo, halló que faltaba un Libro Becerro y, tras de infructuosas búsquedas, tuvo que hacer la publicación incompleta, declarando que dejaba esa falla. Pues bien, yo sabía dónde estaba el libro, pues el personaje a quien hacía muchos años se le había facilitado, me lo mostró como curiosidad paleográfica, bajo absoluta reserva. El personaje ha muerto, pero el libro supongo continúa en su biblioteca (pues no creo que sus nietos se hayan apercibido del hecho), hasta que la casualidad saque el extravío a luz y entonces se pueda llenar aquel vacío de la publicación oficial. Otra vez un amigo—que posee una excelente colección de libros y papeles—me mostró un regalo que le habían hecho, exigiéndome análoga reserva: era un ejemplar auténtico del Acuerdo de San Nicolás, con la firma de todos los gobernantes de 1852, y que se canjeó entre las diversas provincias signatarias, de modo que sólo podía existir en los archivos oficiales respectivos. Esta vez mi sorpresa fue doble, pues el ejemplar de mi amigo era uno de los escritos de puño y letra de mi padre Vicente G. Quesada, a la sazón oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores (de donde pasó a la Secretaría de la Legación de Bolivia y después en Montevideo), llevado a San Nicolás en la Secretaría del gobernador López, su padrino. Y bien, como ese ejemplar tiene hoy más valor de bibliófilo que de documento, pues el contenido es archiconocido, insinué a mi amigo lo facilitara a nuestro Instituto de Investigaciones Históricas para que lo incluya, en edición facsimilar, en la serie de sus publicaciones relativas a dicho período. No he tenido oportunidad de verlo publicado...

Como usted ve en los casos referidos—y podría multiplicar esas referencias, pues no se vive largos años, en vano, entre papeles y papelistas—, no ha mediado el menor propósito delictuoso, sino la habitual "non curanza". Por mi

parte, debo agregar que, antes de remitir a Alemania mi biblioteca para fundar el Instituto Iberoamericano, hice sacar copia a máquina, coleccionando cuidadosamente los textos de mi rica documentación histórica, pasando al Archivo Nacional ciertos papeles de carácter especial. Fue así que el valiosísimo Archivo Pacheco (que personalmente me había confiado—para mis estudios históricos—el finado José Pacheco, hijo del general y muy cercano pariente mío) figura hoy, encuadernado en una serie de volúmenes, original en el Archivo, habiendo quedado en mi poder otra serie de tomos con la copia autenticada del mismo.

P.—Estos recuerdos me inducen a preguntarle si no ha escrito sus "Memorias", que deberán ser interesantísimas.

R.—Tengo varias carpetas de tales recuerdos, pero aun no he procedido a darles la forma de "Memorias". No poco de dichos apuntes ha aparecido en la revista "Nosotros", a que me referí. Veremos si la salud me permite vivir lo suficiente para volver a ocuparme de ello, pues debo esperar primero a cumplir la promesa hecha a mi padre, de publicar los 30 volúmenes de sus propias "Memorias", que acabo de mostrarle a usted.

Lo curioso, en el caso de su observación, es que más de uno me la ha formulado antes. Así, no ha mucho estuve a visitarme aquí la escritora mexicana Esperanza Velázquez Bringas, y en su reportaje: "En Villa Olvido: de mis Andanzas por Europa", en la revista "Ilustrado", (México, 26 de noviembre de 1931, año XI, número 759), manifestó análogo deseo. Años hace, un conocido sociólogo estadounidense, L. L. Bernard, también expresó parecido voto en su artículo: "Ernesto Quesada, Argentine Sociologist" (en el Social Research Bulletin, Chicago, 1927, número 5).

El distinguido escritor mexicano, Alfonso Reyes todavía fue más lejos, pues me escribió no ha mucho: "Buenos Aires, 10 de octubre de 1929.—En algún

trabajo de usted leí una alusión a ciertas tertulias que, en tiempos, celebraba periódicamente, en Buenos Aires, el entonces Secretario de la legación de México, Federico Gamboa, hoy hombre ilustre en nuestras letras. ¿Le interesaría a usted escribir y publicar en alguna parte sus recuerdos sobre "los martes de Gamboa"? Me apresuré a contestarle: "Spiez, 6 de noviembre de 1929.—Me habla usted de Federico Gamboa... Evoca usted así mi juventud lejana, la generación que los "críticos" argentinos denominan "el período ochentesco" y en cuya especial época aquél, en su calidad de Secretario de la Legación mexicana, convivía en Buenos Aires la vida intelectual de todos los que entonces creíamos encarnar el porvenir. Me recuerda usted que me he referido a él en un trabajo mío posterior (Ernesto Quesada. "El alma de Joaquín", Buenos Aires, 1924). Pudo haberme dicho aún que le he dedicado sendas páginas en otro estudio monográfico (Ernesto Quesada. "Rafael Obligado: el poeta, el hombre", Buenos Aires, 1920). Más todavía: que en algún opúsculo anterior mío me ocupé también incidentalmente de él (Ernesto Quesada. "Nuestra Raza", Buenos Aires, 1900) y que lo había hecho antes en otro libro mío (Ernesto Quesada. "El problema del idioma nacional", Buenos Aires, 1900), y sobre todo, lo que dediqué en uno de nuestros grandes diarios, un detenido estudio crítico a su sonada novela "Apariencias", el cual reproduje en otro libro mío (Ernesto Quesada, "Reseñas y Críticas", Buenos Aires, 1893). Le agregué a usted que estuve con él muy ligado, pues ambos éramos infaltables a la tertulia de los sábados de Obligado, de la que se ha ocupado Martín García Merou (M. G. M. "Recuerdos literarios", Buenos Aires, 1891). Una parte de los concurrentes a dicho cenáculo, pero en círculo más estrecho, nos reuníamos los martes en casa de Federico, en los altos de la calle Cerrito, al llegar a Santa Fe. Gamboa, Obligado y González formaban una trilogía inseparable y, desde el primer día, se tuteaban. Yo les

acompañaba con frecuencia, si bien mis estudios me absorbían entonces muchas horas que hoy, retrospectivamente, siento no haber dedicado a nuestra "cándida" bohemia, en la cual el alcohol no tenía entrada, sino cierto sabrosísimo chocolate a media noche, que Rafael hacía preparar, con exquisitez única, por una típica "chinita" criolla, mientras Federico ponía toda su vanidad—como solterón recalcitrante—en preparar personalmente un café irreprochable. Y eso que todos nosotros estábamos empapados en el clásico libro del romántico Mürger y nos dividíamos arduosamente en románticos y clásicos, a cuyo estado de ánimo dediqué yo entonces un entusiasta artículo en la "Nueva Revista de Buenos Aires", cuya dirección acababa de confiarme mi padre, con poca imprudencia quizá (Ernesto Quesada, "Escuelas y teorías literarias: el clasicismo y el romanticismo", en el tomo VII, página 28).

"De los sobrevivientes de aquel ya lejano entonces, entiendo que conoce usted en ésa a Carlos Vega Belgrano, y aunque hace rato que no nos hemos visto, posiblemente tiene éste frescos sus recuerdos y podría darle sabrosos detalles del "tempo che fu". Porque —pare usted de contar—a los demás se los ha llevado ya la terrible Parca y de sus nombres queda apenas una vaga memoria... Soy, pues, uno de los pocos (creo que Belgrano y yo —Dios me perdone—somos actualmente los únicos, cual si tuviéramos que parodiar el "gli ultimi avanzi di una stirpe infelice", de la traqueteada opera...) de los concurrentes a los cenáculos de entonces, "quorum pars parva fui"... Recuerdo cierto incidente trágico-cómico de un duelo que Federico hubo de tener con su casero, el fogoso director de "La Pampa", Ezequiel M. Paz, excelentísima persona, pero algo archipicante en sus juguetonas expresiones. Federico estaba empeñado en batirse con él, que era un anciano de barbas blancas, mientras que aquél era un gallardo "giovanotto" en plena primavera de la vida. Con el andar de los años (y ya

esto lo sabe usted mejor que yo, haya gustado o no de la ruidosa Huerta mexicana, que tanta roncha levantó en su época dentro y fuera del país), Federico tuvo en su patria figuración destacada y ha sido Embajador y Ministro de Relaciones Exteriores, continuando sus actividades de escritor con todo brillo; actualmente—si mi memoria no me engaña—es Director de la Academia Mexicana de la Lengua, habiendo, durante algún tiempo, desempeñado ambos las mismas funciones, él allá y yo acá. Pero, por inercia quizá, no mantuvimos desde un principio—cuando él se ausentó—correspondencia regular; la última vez que le vi fue a fines de 1915, en la Habana, yendo yo a Washington como Presidente de la delegación argentina al Congreso Panamericano de 1915-1916, y de ahí la referencia en cierto opúsculo mío (Ernesto Quesada, "La vocación de Ingenieros", Buenos Aires, 1926). Encontrábase Federico, a la sazón, en Cuba, desterrado de su patria y ganándose modestamente la vida—para él y su familia—en la revista "La Reforma", de Orestes Ferrera, su actual colega de usted en Estados Unidos. En aquella ocasión sólo pudimos estar con Federico pocas horas; no obstante el dominio de sí mismo, se veía que la política de su patria le tenía profundamente amargado y el porvenir se le presentaba bien obscuro. No he recibido después noticias directas suyas.

"Me insinúa usted ahora que escriba mis recuerdos de "Los martes de Gamboa"... Es una tentación sugerente, pues me obligaría a concentrarme exclusivamente en mis recuerdos, desde que no tengo otro material a mano. Aquí—en mi Buen Retiro del Oberland Bernés—no tengo sino montañas y lagos a la vista; fuera de la colección de las obras de mi padre, de las mías y de mi actual segunda esposa, no he conservado más papeles que los de la correspondencia personalísima y los manuscritos de mi padre, que contienen los 30 volúmenes inéditos de sus "Memorias" que, en su lecho de muerte, le juré revisar y publicar; estoy precisamente entregado a

esa tarea, lo que me obliga a revivir mentalmente toda la historia argentina de 1845 a 1910. Esa revisación (indispensable, pues mi padre, en los varios años que dedicó a la tarea, involuntariamente incurrió en no pocas repeticiones) y la posterior publicación, normalmente exigirían 30 años, a un volumen por año; pero como esto me obligaría a ultrapasar la edad de Matusalén, a la fuerza debo abreviar tales plazos. ¡Que problema! ¿No podría indicarme usted alguna solución? Dicen que cuatro ojos ven más que dos. ¡Escribir sobre "los martes de Gamboa"! la tentación cosquillea... y agrega usted "publicar"; en Europa, revista alguna se interesaría por tal cosa, si dichos recuerdos excedieran de las cuartillas de un simple artículo. No sé si tiene usted alguna revista mexicana en vista. En cuanto a las criollas, como "Nosotros"—donde antes tanto he colaborado—, se ocupan más del hoy que del ayer. Y luego, no ignora usted que "a muertos e idos se los traga el olvido". Qué quiere usted que aparezcan ahora como la estatua del Comendador. Pero, con todo, me ha hecho usted, con su insinuación, rememorar una época deliciosa que ya no volverá; esas golondrinas de Becquer jamás retornan. Veré, entonces, si durante las largas veladas del invierno que se aproxima hago un paréntesis a la revisión de los manuscritos paternos y dedico algunos ratos a los cenáculos ochentescos...

"Estuve de paso en México, en la época en que residió mi padre como Ministro argentino (conoce usted sus "Recuerdos de mi vida diplomática: misión en México", Buenos Aires, 1904; y ciertamente el hermoso libro de su compatriota Fernando González Roa: "Vicente C. Quesada y sus trabajos diplomáticos sobre México", México, 1925), durante los tiempos del general Porfirio Díaz y de la simpática señora doña Carmen, quien hacía encantadora toda invitación a Chapultepec. Visitaba yo con frecuencia a Pancho Sosa, en su amplia casona de Coyoacán, y hablamos siempre de escritores jóvenes y viejos de su patria.

Pero hoy todo eso es historia antigua: Casasús decíame años después, en Washington (poco antes de fallecer en New York), que todo había cambiado en México. Hoy, paréceme que menos encontraría allí al menor conocido de entonces: ¿qué se hizo, por ejemplo, aquel simpático Lozanito, el de los vistosos carruajes con briosos troncos?... ¡Ay, señor embajador, creo que es más prudente no volver a los lugares donde se estuvo alguna vez, y preferir conservar, incontaminado, el recuerdo de los pasados! En el caso de México, el implacable rasero del tiempo ha hecho perder hasta el recuerdo de aquellos empingorotados "científicos" de marras, como el mismo Casasús, como el venerable Icazbalceta, "et sic de coeteris". Los tiempos nuevos tienen sus hombres nuevos, los de ayer son "vieux jeu"... y estos jamás tienen razón. Se me ocurre que Gamboa debe parecer a los de hoy como "un hombre cuasi fabuloso", no obstante las campanillas de su puesto en la Academia (en el supuesto de que allí lleven el apunte a algo tan arcaico...). ¿Qué se hizo su hermano don José María, a quien conocí de Ministro viajero de México, en aquella legación relámpago por toda la América? Posiblemente —era mayor que Federico— ya no está entre los vivos. El mismo Federico debe ser un ochentón hecho y derecho; ignoro si la salud le ha permitido conservar su recia contextura de altiplano, que todavía en la Habana ostentaba y, no obstante la gravedad de los años y el destierro, sonreía ante mi evocación de las "arañas" mexicanas de su juventud. De todos modos, ya difícilmente podría hoy cantar con los estudiantes alemanes: "Gaudeamus igitur, juvenes dum sumus"... pues el sello juvenil (a juzgar por mi propio individuo) es ya sólo sombra de lo que fue. Cierro esta demasiada larga epístola, por la que le pido a usted disculpa. Reflexionaré sobre la insinuación un tanto mefistofélica de usted: evocar la juventud es casi rejuvenecerse, y este Fausto archipeador ha buscado en vano quien le brinde firmar el pacto legendario que Goethe ha inmortalizado... Su

carta, señor embajador, me ha causado un gran placer, porque proviene de un literato de primera agua, cuyos trabajos he leído siempre con encanto y a quien siento no poder conocer en persona."

Reyes entonces replicó: "Buenos Aires, 18 de febrero de 1930.—Mil y mil gracias por esa carta cordialísima, tan llena de ánimo juvenil, a pesar de cuanto usted se queja de los años, tan jugosa, tan rica de noticias sobre la generación "ochentesca", sobre Gamboa en la Argentina, sobre las amistades de usted en México y sus vinculaciones con aquella tierra, donde su ilustre padre dejó tan grato recuerdo. No he podido menos de conmovirme con sus recuerdos, y más cuando, de paso, menciona usted personas y cosas del México de mi padre.

"Me une con don Federico Gamboa una buena amistad, respetuosa, por mi parte, como es debido, y deseo que los azares de la vida le permitan cosechar el fruto de sus eminentes labores. Don José María Gamboa falleció, en efecto. De Joaquín Casasús fui discípulo predilecto en la Escuela de Derecho, y soy fraternal amigo de sus hijos... No creo poder resistir a la tentación de anunciar a México que, uno de estos días, usted nos hará el regalo de una página de recuerdos sobre Gamboa en Buenos Aires. Y entre tanto llega ese grato día, déjeme decirle, con mucha pena, que probablemente voy a ausentarme de esta tierra, que desde el primer instante consideré como mía, pero que en todas partes me será un consuelo el conservar relaciones con argentinos tan ilustres como usted, de quien me complazco en declararme admirador y amigo cierto."

Y no es eso sólo... No hace mucho, Alfredo A. Bianchi, Director de "Nosotros", me escribía (Buenos Aires, 28 de mayo de 1930), a su vez sobre análogo asunto: "Aunque usted se haya retirado a "Villa Olvido", nosotros no lo olvidamos y creemos injusto para con su país ese despego suyo. Por el último número de "Nosotros" se habrá

enterado de la muerte de David y Carlos Vega Belgrano, contemporáneos suyos. De sus recuerdos literarios podría sacar algunas páginas dedicadas a ellos y enviárnoslas para "Nosotros", y así reanudaré su interrumpida colaboración, tan apreciada por nosotros." Le contesté (15 de julio de 1930) prometiéndoselo, pero... el hombre propone y Dios dispone; todavía no he podido encontrar tiempo y musa para ello. Esperamos que me será dado satisfacer algún día tales deseos: los de Reyes, Bianchi, "ed altri". Algo hay que dejar para mañana.

P.—El escaso tiempo que me resta no me permite prolongar más esta entrevista, por inesperadamente interesante que resulte. Antes de guardar mi cartera, donde tomo estos apuntes, permítame que le manifieste mi admiración por la exactitud de sus recuerdos, que usted confirma, en cuanto a hechos y fechas, con el libro que saca de sus anaqueles o con el documento que toma de las carpetas de su archivo...

R.—Es este procedimiento sólo el resultado del entrenamiento y de la práctica. Vea usted: en mi tesis del doctorado (1882, un grueso volumen de 368 páginas sobre el muy prosaico tema de "Contribución al estudio del libro IV del Código de Comercio") comenzaba diciendo: "Erubescimur dum sine textu loquimur", lo que en "criollo" familiar equivale a "la prueba al canto". Y esa ha sido la característica de todos mis trabajos: no contienen aseveración alguna que no repose sobre fundamento seguro. Ese principio, y el que adopté como lema en mi primer libro (Ernesto Quesada, "La sociedad romana en el primer siglo de nuestra era: Estudio crítico sobre Persio y Juvenal", Buenos Aires, un volumen de 280 páginas), a saber, "Vitam impendere vero", me han guiado durante mi ya larga vida. Y, en mi último libro (Ernesto Quesada, *Die Wirtschaftsbeziehungen zwischen den Vereinigten Staaten und Latein Amerika*, Leipzig, 1931), precisamente repito al final esa cita de Juvenal, sacada cabalmente de mi libro de 1878... Uno de mis com-

patriotas a quien más respeto, J. J. Biedma—quien, con el pseudónimo de "Maipú", me acompañó en "El Tiempo", a principios de este siglo, en una ruidosa campaña periodística sobre cuestiones internacionales—, me decía alguna vez: "sea indiosincracia suya, de no tener pelos en la lengua; todo sacrificar a la verdad y no adelantar afirmación sin correspondiente prueba, sin transigir nunca, posiblemente le ha enajenado simpatías y le ha atraído enemistades". Le contesté en el acto: "Sin duda. Pero parece que es cuestión de temperamento. Así inicié mi vida intelectual, así pienso terminarla, y desearía sólo que sobre mi tumba se grabara la máxima: "Vitam impendere vero". Las simpatías o antipatías de otros me han sido indiferentes; he obedecido únicamente a lo que he considerado ser mi deber. Me habré equivocado muchas veces, pero la limpieza de mis propósitos no ha sufrido excepción."

\* \* \*

Tuve aquí, a pesar mío, que suspender definitivamente la entrevista. Guardé mi cartera en la que he tratado de "fotografiar" nuestra larga conversación, tan llena de saltos bruscos y de matices de color y calor; guardó, a su vez, el viejo profesor encanecido en la enseñanza y el estudio, sus libros y papeles, de donde he tomado también copia de varias cosas, y me despedí no sin pena... El tren a Italia debía pasar dentro de breves minutos por la estación; tenía apenas el tiempo indispensable para tomarlo a la carrera, después de subir la escarpada altura donde se asienta la estación de Spiez. Con un cordial apretón de manos me alejé conmovido de la hospitalaria casa—"O beata solitudo, O sola beatitudo"!—y, al volver a mirarla desde el lejano portón del camino, divisé al anciano cuasi-compatriota (todos los latinoamericanos lo somos), a quien muy probablemente será difícil vuelva a ver, por lo que su último recuerdo será para mí el de su afectuosísimo saludo con ambas manos y la visión de su blanquísimo cabello agitado por el viento."

## INTERCAMBIO UNIVERSITARIO ENTRE INGLATERRA Y LA REPUBLICA ARGENTINA

La visita que está realizando en estos momentos a Inglaterra un grupo de universitarios argentinos marca una etapa más en la labor de acercamiento intelectual que se viene realizando desde hace tiempo entre esos países.

El año pasado una delegación estudiantil integrada por ocho estudiantes ingleses y presidida por el literato e historiador Phillip Guedalla fue huésped de los universitarios argentinos durante dos meses, y la visita que ahora realizan los últimos es con el objeto de corresponder a dicha invitación.

En la delegación argentina figuran dos ingenieros, un abogado y un médico recientemente graduados, así como dos estudiantes de Derecho y dos de Medicina. Habrán de permanecer en Inglaterra desde el 16 de mayo hasta el 25 de junio y su visita incluirá una estancia de una semana en las universidades de Oxford y Cambridge.

Como es indudable que visitas de este género, aparte de extender el horizonte cultural de los que participan en ellas, tienden a fomentar una verdadera amistad basada sobre el mutuo respeto y el mutuo conocimiento entre las na-

ciones interesadas, no es extraño que en diversos países se estén estableciendo comités encargados de organizarlas y de fomentar el intercambio intelectual en todos sus diversos aspectos.

## CONFERENCIAS DE LAS ASOCIACIONES DE EDUCACION

Del 25 de julio próximo al 1° de agosto del presente año se celebrarán una serie de conferencias en la ciudad de Honolulu, Hawaii, organizadas por la Federación Mundial de Asociaciones de Educación, con el fin de reunir a los educadores de los países que lindan con el pacífico.

La "Federación Mundial de Asociaciones de Instrucción Pública, para la buena armonía y la paz internacional", ha acordado se nombren comités para que estudien las diversas ramas en la educación pública de los pueblos, que sean factores importantes para las buenas relaciones internacionales.

Se formarán comités de: Geografía, Historia, Relaciones Internacionales, de cooperativismo, de organizaciones de maestros, con el fin de que recojan y hagan el canje de informes y datos relativos al trabajo de las organizaciones de maestros, etc.